

LETRAS

Letrillas

LETRONES

MEMORIA

CASA MÍNIMA

“A l fin, el prisionero logró escapar de la Colonia de Rinocerontes.” Estas fueron las palabras que utilicé en el ensayo de 1999 sobre Eugène Ionesco titulado *Bérenger at Bard*. La Colonia de Rinocerontes, por supuesto, es la colonia penal socialista administrada por el máximo líder Rinoceronte: el presidente Nicolae Ceaușescu. El 9 de julio de 1989 fue otro hito crucial en la vida del vagabundo en que me había convertido desde entonces. “El pequeño Honda marrón, traqueteando heroicamente, cruzó impertérrito las puertas de la universidad americana. Sus instalaciones me parecieron un verdadero Edén, con matorrales y flores alrededor de casitas en las que los profesores y los estudiantes jugaban el tradicional juego académico de las canicas.” Estaba inserto en mitad de la famosa novela de Hermann Hesse transportada al Nuevo Mundo de finales del siglo XXI.

Así empezó mi vida en Bard, al principio instalado en la casa de un profesor de química en su año sabático, después en la casa que fue de Mary McCarthy; esta constaba de varias habitaciones espaciosas y soleadas en la primera planta y de tres pequeños dormitorios en la de arriba y en la que por las noches rondaban unas extrañas distorsiones de los juegos académicos cotidianos. Al

inicio de mi tercer año me mudé a una pequeña cabaña, lejos de los caminos transitados, que enseguida se apoderó de mi imaginación con sus encantos utilitarios básicos. Podría haber sido diseñada como refugio para cazadores de ciervos o pavos salvajes, porque estaba rodeada de bosques hospitalarios que resguardaban, indiscriminadamente, tanto a profesores y estudiantes como a ardillas, ciervos, conejos y pájaros de todos los colores y tamaños. La puerta de entrada daba directamente a una gran sala de estar en la que había una inmensa ventana hacia el bosque.

Esta pared de cristal no imponía ningún límite al paisaje de los alrededores y permitía la entrada de su tranquilizadora presencia hacia el interior de la sala. Un dormitorio minimalista y un baño a juego, así como un estudio, eran parte de la casa que algunos de mis amigos llamaban con amable ironía “La casa del Unabomber”. Esa denominación cuajó no por el remoto aislamiento de la cabaña, sino por el desumorador, el excéntrico refugiado de Europa del Este. Ni Bérenger ni yo, el exiliado solitario, teníamos ninguna relación con el célebre Theodore John Kaczynski, el brillante graduado de Harvard convertido en ermitaño que había compuesto el manifiesto *La sociedad industrial y su futuro* en su cabaña y lo había mandado junto con sus bombas a varias universidades y compañías aéreas (Unabomber es el acrónimo de *University and Airline Bomber*).

Aunque este líder de la lucha contra la modernidad había acabado matando a tres personas, hiriendo a 33 más y al final siendo condenado a cadena perpetua, la denominación que se le había dado a mi morada no me parecía ni hostil ni desagradable. En lugar de una afirmación de mi derecho a rebelarme, mi aislamiento autoimpuesto y mi reclusión eran una búsqueda de la paz. Necesitaba un refugio.

Casi cincuenta años habían pasado desde otro otoño similar, no menos encantador que los que estaba disfrutando en Bard. Recuerdo el día en que me obligaron a abandonar el lugar en el que nací en Bucovina y fui enviado junto a otros pecadores de la misma etnia a un campo de exterminio. El mundo de mi infancia con sus dulces olores y colores había perdido la capacidad de protegerme. Cuando nos ordenaron abandonar nuestra casa, mis padres se llevaron el dinero que habían estado ahorrando para adquirir el hogar del que sí serían verdaderos propietarios; no vivieron para comprarlo. El Ejército Rojo acabó liberándonos, así que pudimos volver a Rumania una vez terminada la guerra. Europa del Este brillaba ahora a la luz de un sol soviético, utópico y opresivo. *La luz procede del Este*. Esta fórmula exaltada era repetida hasta la náusea en todos los tonos posibles... La propiedad privada había sido abolida: las fábricas, los bancos, las granjas, los cines, los rebaños de ovejas, las casas particulares, los estadios, los hospitales,

los autobuses y los hoteles se habían convertido en propiedad del Estado, así como las personas relacionadas con todo ello. En lo que sería conocido como el multifacético socialismo rumano, “las normas de vivienda” llegaron a asignar unos escasos ocho metros cuadrados por persona. Una habitación extra era un raro privilegio conseguido mediante leyes dacronianas y oscuras prácticas bizantinas. La idea de una “ciudad cercada” estaba empezando a arraigar: solo a los nacidos dentro de sus confines se les permitía permanecer en ella; las pocas excepciones hechas eran por decreto de una Autoridad Superior. La policía secreta firmaba todos los pasaportes para viajar al extranjero y los pocos beneficiarios eran quienes estaban dispuestos a corresponder el favor y servir a sus oscuros propósitos. El espacio público se convirtió en el escenario de mascaradas políticas mientras el espacio privado menguaba bajo el ojo vigilante y los oídos atentos de los informantes de la policía secreta. No resultaba paradójico en absoluto que los ciudadanos comunes trataran de construir paredes adicionales dentro de ese espacio de por sí restrictivo y desconfiado para proteger su privacidad. Los resultados, como en “La muralla china” de Kafka, espesaron progresivamente los límites del cerco; mantuvieron el entorno amenazador a raya, pero el espacio vital en el interior languideció al punto de asfixiar a sus ocupantes. El tiempo mismo se había convertido en una propiedad del Estado por medio de incontables imposiciones: reuniones políticas, manifestaciones y desfiles, y varias obligaciones cívicas al servicio del Partido. De joven, yo parecía vivir del contenido de una maleta, siempre mudándome de un apartamento temporal a otro, en una continua sucesión de escenarios. Me sentía como una larva que espera perpetua y desesperadamente el momento de una metamorfosis final.

Al fin llegó el momento en que me largué de la Colonia de Rinocerontes. Como exiliado, sentía que el futuro se abría a incertidumbres desconcer-



Bard College: de refugio a hogar.

tantes, escritas en un nuevo código de probabilidades que no sabía leer con claridad. Lo desconocido parecía ilimitado, sin duda, y la frenética sensación de una libertad recién adquirida era abrumadora. Por lo demás, la libertad cobró su precio: sentirse desposeído y fuera de lugar siempre ha marcado la vida de un vagabundo. La mutabilidad era el verdadero espacio “físico” de la libertad, y el tiempo se convirtió, para quien vive sin hogar, en el rasgo último y trascendental. Mi único refugio y posesión era mi lengua nativa, el idioma en el que había nacido, el que había formado y deformado mi verdadero ser. Llevaba mi idioma del mismo modo en que el caracol lleva su morada sobre la espalda. Anhelaba reencontrarme con mi ser fracturado.

La acogedora cabaña del Bard College se llamaba –¡imagínense!– Casa mínima, y había pertenecido a una profesora italiana, Irma Brandeis, reconocida traductora y, según ciertos rumores, la amante virginal de Montale. Mis paseos solitarios por el campus, que parece un gigantesco parque urbano, me llevaban con frecuencia a la tumba de la aguerrida Irma en el cementerio de la universidad. Está junto a la de Hannah Arendt, otra legendaria amante culpable de haberse enamorado de un artesano de las palabras.

Me gustaba contemplar los viejos edificios diseñados para albergar seminarios protestantes y admirar cómo el severo estilo gótico anglosajón se mezcla con el estilo *nouveau* de dormitorios más recientes; con la biblioteca construida a la manera de un templo griego; con el ala más reciente y posmoderna; con la capilla para ceremonias sagradas y profanas; con el instituto para estudios museísticos y el museo, modernizado gracias a las adquisiciones recientes; con el imponente edificio del Instituto Levy y su meseta, que recuerda a la escena del parque desierto en el que se está perpetrando el asesinato en *Blow-up* de Antonioni. Se podía ver el Hudson desde ahí. Lejos, a la distancia, las montañas azul claro me recordaban las montañas de mi Bucovina nativa, en el nordeste de Rumania. “Bucovina en el Hudson”, como el título de la entrevista realizada aquí por un joven alemán amigo mío. Tras carecer durante toda la vida de una “idea de la naturaleza”, acabé en este lugar, con su turbulento esplendor, intangible y pleno de significado.

Casa mínima era incomparablemente más grande, más luminosa y más hospitalaria que la celda monástica que Kafka alquiló cerca del castillo de Praga para proteger su soledad y su escritura. El boscoso Bard College ponía sordina a

las oscuras resonancias de un pasado en el Este de Europa, y ofrecía una patria rejuvenecedora y nueva para un extranjero sospechoso que nunca había tenido una. Al final, el exiliado dejó de ver su distanciamiento como una desventaja y lo consideró un desarraigo benéfico.

Esta pequeña escuela de artes independiente se estaba volviendo aún más cosmopolita gracias a los estudiantes internacionales procedentes de treinta países distintos y a un profesorado al que se unían gentes llegadas de los rincones más exóticos del planeta. Saul Bellow, Toni Morrison, Roy Lichtenstein, Ralph Ellison, Arthur Penn, Isaac Bashevis Singer, Philip Roth, Ismail Kadaré, Orhan Pamuk, Mario Vargas Llosa, Claudio Magris, Antonio Tabucchi, Antonio Muñoz Molina, Edna O'Brien, Peter Sloterdijk, Cynthia Ozick, todos han estado aquí. Chinua Achebe, Leon Botstein, John Ashbery, Ann Lauterbach, Ian Buruma, Mary Caponegro, Daniel Mendelsohn, Robert Kelly, Elizabeth Murray, Stephen Shore, Francine Prose, William Tucker, Peter Hutton, Brad Morrow y Joan Tower estaban cerca de mí.

El campus mismo ha cambiado en los últimos veinte años: han surgido muchos nuevos edificios que establecen un diálogo dinámico y provocativo entre el presente y el pasado. La historia de los estilos arquitectónicos americanos de los dos últimos siglos puede contemplarse en la espectacular serie de edificios que llevan sus artísticos rasgos grabados en piedra y madera, así como acero y cristal. Entre los ejemplos más tempranos está el elegante *Gatehouse*, que hoy alberga al Instituto Internacional para la Educación Liberal, diseñado en la primera mitad del siglo XIX por Alexander Jackson Davis, el arquitecto y pensador pionero en promover la idea romántica de vivir en cercana armonía con la naturaleza. La capilla protestante fue construida alrededor de 1869 por Frank Wills, que es también responsable de la Catedral Episcopaliana de Montreal. El edificio Ludlow, que alberga las ofi-

cinas administrativas, junto a las construcciones aledañas, fue diseñado por Richard Upjohn, el arquitecto de la famosa Trinity Church que se halla junto al desdichado World Trade Center de Nueva York. El sello del arquitecto puede observarse fácilmente en la austeridad enclaustrada de las facultades anglicanas construidas antes de la Guerra de Secesión. El edificio de la biblioteca, completado a finales del siglo XIX, lleva el nombre de Hoffman, un gran patrono. Al ser el Partenón de la universidad, se halla en lo alto de la colina y es de estilo griego. Las mejoras más recientes del arquitecto Venturi, especialmente los extravagantes arabescos de sus ventanas frontales, han añadido un toque de contraste, posmoderno al templo clásico del conocimiento. Una catedral genuinamente sólida ha sido construida en el extremo del campus en el transcurso de los últimos años; sus paredes de hormigón y cristal diseñadas por Frank Gehry la hacen comparable al Guggenheim de Bilbao. Recientemente vi cómo se completaba un centro científico de última generación basado en los planes del arquitecto Rafael Viñoly, con paredes de cristal que recuerdan a la ventana gigante de la casita de Irma Brandeis, que me separaba y al mismo tiempo me acercaba al bosque.

Siento como si el 9 de julio de 1989 hubiese sucedido ayer, pero ya es parte del milenio pasado. Desde mi llegada aquí hace casi veinte años, los cambios espectaculares del campus han reforzado orgullosamente su modernidad. Mientras yo empezaba a “instalarme” en este nuevo mundo, el tiempo mismo pareció moderar sus fluctuaciones con una complicidad benevolente, cómoda —hasta 2006, un año asombroso que debería haberme concedido la marca de la sabiduría. Pero no es esto lo que sucedió; el tiempo se volvió de repente agitado, y de una manera muy poco sabia. Cuando la universidad decidió reconstruir y ampliar mi lugar de refugio para ponerlo a la altura de los estándares del nuevo milenio, y los del recién acuñado ciudadano americano en el que me había convertido no mucho tiempo

antes, experimenté una grave dolencia cardíaca. Vino en forma de aviso que coincidió y contrastó vivamente con los cambios benéficos que significaba convertir mi casa improvisada en una verdadera residencia.

Una complicada historia personal me ha acostumbrado a aceptar las formas raras en que el destino se ha desplegado en el espacio y el tiempo. El vagabundo ahora cuenta los días en su calendario de vida sedentaria en una morada permanente, óptima, consciente de lo tardío que puede ser este logro, pero aceptando agradecido cada uno de los momentos de su indulto. —

— NORMAN MANEA

Traducción de Ramón González Férriz

IN MEMORIAM

QUE LAS PARCAS CUIDEN A FOGWILL

Rodolfo Enrique Fogwill murió el sábado 21 de agosto en un hospital de Buenos Aires. Fue velado en la Biblioteca Nacional y enterrado en Quilmes, donde nació en 1941. El elogio más distinguido lo escribió *Página 12*: “El escritor de ojos desorbitados —la mirada de un loco— fue para la literatura argentina lo que Maradona es al fútbol y Charly García al rock.” Añadió en España *La Razón*: “Es imposible que sea olvidado.”

Fogwill publicó poemarios al principio y fin de su vida de escritor, creó y mantuvo en los ochenta el sello editorial Tierra Baldía, intentó ensayos y diálogos, y como narrador prosperó. El mito de su existencia, sumado a las opiniones en el medido papel de bufón que practicó en público fueron, en los últimos años, a la hora de hablar de Fogwill y no de Quique, tan importantes como la voz de sus mejores libros. Tanto se insiste en el valor de la novela *Los pichiciegos* como en la posterior leyenda. Decía *El País* de Madrid: “Ha sido publicitario, investigador de mercados, profesor universitario, editor, empresario, especulador de bolsa, terrorista, estuvo en



Fogwill: entre la fama y la furia.

la cárcel por estafador y durante 17 años vivió enganchado a la cocaína.”

En Montevideo sucedió la última de sus apariciones. Un día antes del monólogo que ofreciera en el Centro Cultural de España, durante el Festival Ñ, quiso la suerte que se cruzara en la calle Bartolomé Mitre con su gran enemigo. Para entender la escena hay que saber que Ricardo Piglia y Rodolfo Fogwill representan los destinos opuestos de la literatura argentina de las últimas décadas; que Piglia no hacía el menor caso a Fogwill y que este reclamaba su atención lanzando de lejos cualquier tipo de espumarajo. En la puerta del hotel Plaza Fuerte, lo sorprendió un saludo: “¡El maestro Fogwill!” Azorado, ensayó un balbuceo. Hablaba ya, con la mirada en la otra acera, la lengua ininteligible de los agonizantes. Tras un silencio, se retiró en compañía de dos mujeres. Piglia habló otra vez y las damas y el anciano de gorrita, Premio Nacional de Literatura, se volvieron: “Cuiden a Fogwill, que en cualquier momento nos deja.” Insistió: “Cuiden a Fogwill.”

A esa hora el maestro no era un provocador ni un comediante de tele, ni un genio ni un loco ni un ironista mordaz. ¿Quiénes eran las dos mujeres vestidas de negro que lo cortejaban? Es difícil encontrar en la calle una muestra tan acabada de ironía profética. Piglia fue el primero, a principios de agosto, en cargar a Fogwill y las musas. Ahora que para uno no habrá abril, la anécdota tiene el valor de un final. Con alguien que otra vez imagina un ataúd en Buenos Aires acaba un buen capítulo en la historia de la agresión.

“El tiempo dirá qué lugar ocupará en el ‘parnaso’ literario”, escribió la cronista Silvina Frieri en su obituario. Frieri no debe saber que el tiempo no da butacas en ningún parnaso, que no decide nada, que lo echa todo a perder. —

— IGNACIO BAJTER

HOLOCAUSTO UN AMOR EN BERLÍN

En *Notas dispersas*, Josep Pla menciona a Aly Herscovitz, una judía con la que tuvo una relación sentimental en el Berlín de los años veinte. Pla dice que más tarde ella le pidió ayuda para tratarse una sífilis en París. En 1955, el escritor se habría enterado de la muerte de Herscovitz en un campo de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial. A partir de unos pocos datos, Xavier Pericay, Arcadi Espada, Eugenia Godina, Sergio Campos y Marcel Gascón han seguido las huellas de Herscovitz desde cinco ciudades europeas: Barcelona, Palma de Mallorca, Róterdam, Berlín y Bucarest. El resultado es un libro electrónico innovador y poderoso que empezó a publicarse como blog en *Factual* y al que ahora puede accederse desde <http://alyherscovitz.com> por 19 euros.

“Hemos escrito este libro con los recursos que tiene la escritura en nuestro tiempo. De un modo perfectamente natural. Conscientes de que este libro no habría podido escribirse cinco años antes. Echando mano de lo que tene-

mos, comprendemos y cuya técnica está a nuestro alcance. De hecho, una vez aparecido hemos recibido alguna oferta para pasar el contenido a un libro convencional. Que hemos rechazado, claro, porque no sabríamos cómo hacerlo”, explica Espada a *Letras libres*.

Aly Herscovitz. Cenizas en la vida europea de Josep Pla se desarrolla en varias direcciones. Investiga la relación de Pla y Herscovitz, y analiza inconsistencias que siembran dudas sobre la veracidad de las palabras del escritor. Rastrea la vida de Aly: los autores encuentran sus álbumes de fotos y los documentos oficiales, y reconstruyen la existencia nómada de una *lorette*, que nació en 1904, se casó con el cineasta Jan Neumann en 1936 y murió en Auschwitz. Siguen los pasos de su familia y entrevistan a un pariente que sobrevivió al genocidio. Además de aclarar un periodo de la biografía de Pla y de ofrecer una investigación cercana, por ejemplo, a *Dora Bruder* de Modiano, el *blook* recorre una época de Europa: desde el Berlín sacudido por la inflación a las vidas precarias de muchos judíos, desde la caída de Francia a la experiencia terrible del Holocausto. En 1942 Aly fue detenida en la redada del Velódromo de Invierno, donde las autoridades francesas arrestaron a 13.000 judíos extranjeros, que habían huido de países ocupados por Alemania o en los que existía una legislación antisemita previa, y fueron enviados a la muerte: solo regresó un tres por ciento. Aly fue trasladada a Drancy y después a Auschwitz. Los autores recopilan datos sobre uno de los episodios más infames de la historia de Francia, pero también muestran las anotaciones que esos días escribían en sus diarios Mihail Sebastian, Ernest Jünger, Paul Léautaud, Victor Klemperer, Anna Frank o Petr Ginz. Reconstruyen la logística del Holocausto, con textos, fotografías, testimonios y fragmentos de películas como *Sboab*, con documentos que explican la actitud de los gobiernos de los países ocupados por los nazis, con las historias de las víctimas, los verdugos y de quienes se opu-



Aly Herscovitz: un destino europeo.

sieron al crimen. Algunas de esas fuentes son conocidas, pero su disposición en el *blook* da una impresión totalizadora, y la vinculación entre la historia íntima de Aly Herscovitz y la destrucción de los judíos europeos ilumina y conmueve.

Los autores y Verónica Puertollano, responsable del diseño del *blook*, han empleado con imaginación y talento las posibilidades del medio. “El link es una navajita suiza. Multiuso. Una de sus posibilidades es aportar pruebas empíricas a las afirmaciones y en ese sentido se parece bastante a una nota al pie. Pero sirve para otras muchas cosas. Por ejemplo, para darse un garbeo en la lectura, abrir ventanas, airear la casa: el riesgo es que el lector vaya a por tabaco y no vuelva. Sirve también para algo más perverso: contradecir lo que se afirma en la superficie. O bien: para buscar paralelismos a lo que la letra dice, en otros lenguajes: audio, fotos, etc. Puede tener también un cierto carácter pedagógico: aclarar metáforas, ironías, deshacer crípticismos... Pero este último uso intertextual comporta muchos problemas. A mí me gustaría, por ejemplo, editar con links los *Ensayos* de Montaigne. Los grandes libros no solo se extienden a lo largo, sino también a lo hondo”, explica Espada, que señala que “igual que uno limita sus deficiencias y sus hallazgos, sus metáforas, sus adjetivos, etcétera, también debe limitarse a la hora de utilizar los infinitos recursos de un texto que de pronto se ha convertido en voz, imagen y gráfico”.

Los autores muestran voces y puntos de vista distintos, y recurren a instrumentos diferentes: usan herramientas filológicas tradicionales para estudiar los textos de Pla y su confusa datación, o para localizar a Gerdy, un personaje basado en Aly que aparece en un relato de 1927. Pero también emplean conocimientos sobre la moda, el teatro o la economía. En cierto modo, el *blook* ofrece una historia del periodismo español: recoge textos de Pla, Camba, Chaves Nogales, Augusto Assía, Manuel Brunet o Eugeni Xammar (que, como Pla, publicó una entrevista con Hitler en 1923; en el texto, cuya veracidad Lluís Permyer ha puesto en duda, Hitler hablaba de la dificultad de gasear a todos los judíos de Alemania en una noche). Y la propia escritura del libro es un elemento fundamental: aparecen las pesquisas en los memoriales del Holocausto y la Fundación Pla, las canciones de la época y los correos electrónicos que se cruzan los autores, donde explican las hipótesis, los avances y los callejones sin salida. “A mi juicio tiene poco interés escribir libros que no muestren cómo están siendo escritos”, dice Espada.

Uno de los grandes temas de *Aly Herscovitz* es la conciencia del Holocausto. El exterminio supone la destrucción de la idea de Europa; pero la Europa moderna se configura desde la conciencia del genocidio: “los fantasmas del pasado son los que unen a Europa”, escribe Godina, mientras que Pericay habla del libro como “un intento de reparación moral”. El abanico de fuentes es grande: desde las imágenes de los

campos de concentración que se utilizaron como prueba en Núremberg y las crónicas de Carlos Sentís hasta el epílogo de *Posguerra*, donde Tony Judt habla del silencio en los primeros años tras la contienda, pasando por las series de televisión que han abordado la Shoah desde el humor o los medios que aplican el término “negacionismo” al cambio climático. A lo largo de todo el *blook* hay una obsesión por ver y mostrar los lugares: los autores visitan los campos de concentración y comparan la memoria del Holocausto en los países en los que viven. Señalan que en España es menor que en otras naciones. Para Espada, se trata de “una de las peores consecuencias del franquismo. El Holocausto no puede abordarse en una dictadura. Eso en primera instancia. Pero esa inconsciencia es, sobre todo, el efecto de la neutralidad española. Eso que de modo tan repugnante tipifica en nuestros días el ministro Moratinos. España ha sido siempre un país neutral. La tarea de matarnos entre nosotros mismos nos ha llevado todo nuestro tiempo moral. ¡Y físico, por qué no decirlo!”

Espada y Pericay han escrito libros sobre Pla, han editado juntos sus diarios y Pericay ha traducido al castellano *Notas dispersas*, *Notas para Silvia* y *Notas del crepúsculo*. Por eso puede sorprender una de las conclusiones del *blook*: “Pla fue un escritor menor y quiso serlo.” Según Espada, “no se enfrentó a sí mismo, cara a cara. A sí mismo quiere decir a la Guerra Civil, a la guerra europea, a la dictadura de Franco, a la oposición a Franco... Alguien que quiere ser fiel al mandato que él mismo establece en alguno de sus libros, esto es, dar testimonio de su tiempo, no puede ser ajeno a las cámaras de gas o la pulsión fratricida de los españoles”. Pla rechazó cubrir el juicio a Eichmann, lo que resulta “metafóricamente revelador y sintético. Eichmann no sólo era el gran asesino del siglo, es decir, no sólo era Auschwitz, sino que era el hombre que había dispuesto la muerte de Aly Herscovitz. Cuando Pla se niega a ir al juicio no está, digamos, a una doble altura humana”. —

— DANIEL GASCÓN

VENEZUELA

Y SALIMOS A MATAR GENTE

El viernes 13 de agosto, la primera página del periódico *El Nacional* destacaba, a todo color y en gran tamaño, una foto de la morgue de Caracas. En una sala desarreglada y sucia, aparecían varios cadáveres desnudos, compartiendo camillas o simplemente tendidos en el suelo, amontonados sin ningún orden, entre los rastros de sus sangres. Era una imagen agresiva, espeluznante; una áspera postal de guerra. La polémica no se hizo esperar. El gobierno indignado denunció una nueva conspiración mediática. La siguiente víctima fue la libertad de expresión.

Con una rapidez inusitada, atendiendo a una petición de la Defensoría del Pueblo, un juez dictó una prohibición para cualquier medio impreso de publicar imágenes de tipo “violento, sangriento, grotesco, bien sea de sucesos o no”. El mismo juez giró también una instrucción en contra de *El Nacional*, ordenándole no divulgar más informaciones con “contenido de sangre, armas, mensajes de terror, agresiones físicas, imágenes que aticen contenidos de guerra y mensajes sobre muertes y decesos que puedan alterar el bienestar psicológico de los niños”. En ambos casos, curiosamente, la medida judicial abarcaba solo cuatro semanas, justo el tiempo destinado a la campaña electoral que vivía el país, antes de las elecciones parlamentarias del 26 de septiembre.

Al día siguiente de la medida, las páginas dedicadas a la nota roja, en *El Nacional*, aparecieron en blanco. En otro espacio, los periodistas de la fuente redactaron unas irónicas líneas donde le preguntaban al gobierno si alguno de los sucesos policiales ocurridos el día anterior podría ser considerado como “contenido prohibido”. Teodoro Petkoff, legendario líder de la izquierda en Venezuela y editor del periódico *Tal Cual*, desafió la instrucción judicial

reproduciendo en sus páginas la fotografía de marras. En todas las oportunidades, ninguno de los responsables editoriales negó la intención política del crudo retrato que se ofrecía a los lectores. La foto había sido tomada en diciembre del 2009 y se publicaba en ese momento casi como un estallido, como una exasperación frente a la indolencia que el gobierno había mantenido ante el problema de la inseguridad en el país.

Durante años, el gobierno se ha resistido a considerar a la inseguridad como un problema real, de enormes dimensiones. Mientras las noticias, diariamente, reseñan el testimonio de numerosas víctimas de la criminalidad, desde el 2005 el país no cuenta con estadísticas oficiales sobre esos casos. Hace ocho años se cerró la sala de prensa que ofrecía a los medios informaciones concretas sobre la violencia social. Aunque la Comisión de Defensa del parlamento ha reconocido la existencia de más de nueve millones de “armas ilegales” en Venezuela, el gobierno se empeña en denunciar que todo forma parte de un espectáculo mediático. En el colmo del absurdo, algunos voceros han llegado a acusar a los paramilitares colombianos y al imperialismo yanqui de infiltrarse en los barrios populares del país para producir y alentar la delincuencia, con el único fin de atacar y sabotear a la revolución bolivariana.

Un informe del INE (Instituto Nacional de Estadística), filtrado a la prensa en el mes de septiembre, mostró sin embargo una realidad tan espeluznante como la fotografía de la morgue. Las especulaciones y los cálculos de las ONG se quedaron cortos. Según el informe, en el año 2009 se produjeron en Venezuela 19.133 homicidios. Ese solo dato basta para sentenciar la tragedia que vive el país. Representa una tasa de 75 asesinatos por cada cien mil habitantes. Para tener una idea, México, incluso con la guerra contra el narco, tiene una tasa de 10 homicidios por cada cien mil habitantes. Colombia, país que vive también sometido a un conflicto armado, tiene una tasa de 37... Ante estas

estadísticas, sin embargo, el gobierno eligió guardar un contundente silencio. Como no pudieron prohibir los números, decidieron ignorarlos.

Hugo Chávez ha hecho de la confrontación su método político. Se ha sumado a la nefasta tradición que entiende que la diversidad y la crítica son formas de traición. Por eso, con el paso de los años y la acumulación de poder, su proyecto, cada vez más, ha ido perdiendo en transparencia y ganando en autoritarismo. Cuando no puede combatir de manera frontal algún cuestionamiento, lo descalifica o simplemente lo ignora. Actúa como si no existiera. Utiliza el silencio como forma de exclusión.

Pero incluso más allá de esta naturaleza, que ya es parte de la genética del chavismo, el problema de la inseguridad social propone otro desafío a la prédica gubernamental en Venezuela. Quienes han defendido durante años la tesis de que la delincuencia es una consecuencia directa de la miseria, un resultado del capitalismo neoliberal, no encuentran cómo explicar ahora que, después de pregonar que en el país se ha reducido de manera drástica la pobreza, las cifras de la inseguridad social hayan aumentado también de manera



Portada de *El Nacional* del 13 de agosto de este año.

drástica. Ante los ojos del mundo, la gran retórica de Chávez de pronto cruje. No es fácil justificar lo que ocurre: por qué el paraíso bolivariano está lleno de balas.

La violencia de pronto ha aparecido como un síntoma más de las grandes contradicciones que esconde el proyecto político de Hugo Chávez. Obviamente, existe una relación entre las condiciones de pobreza y la violencia social. La desigualdad sigue siendo el gran problema de Latinoamérica y Venezuela no es la excepción. Pero, junto a ese factor fundamental, también conviven otra cantidad de elementos, de variables específicas, que no pueden suprimirse con las loas a Fidel o los barriles de petróleo. En dos gruesos volúmenes, titulados *Y salimos a matar gente*, el Centro de Investigaciones Populares ha tratado de ordenar veinticinco años de trabajo intentando comprender el mundo popular venezolano. A partir de quince casos reales, testimoniados en hojas de vida, la investigación se adentra en el universo de la delincuencia y de la violencia en los sectores pobres del país. El sacerdote salesiano Alejandro Moreno, coordinador del equipo, señala: “Aquí se caen muchos mitos. Y uno es que la pobreza no tiene nada que ver con la delincuencia. Es decir, tiene que ver en cuanto a que son pobres, pero no es por pobres por lo que delinquen. ¿Por qué lo hacen? Delinquen porque quieren sobresalir, quieren adquirir lo que ellos llaman respeto. Y respeto es imposición, miedo. Eso aplica para todos los delincuentes, pero los viejos lo consiguieron en su época de una manera y los nuevos de otra. A los nuevos no les interesa la comunidad sino solamente la acción violenta.”

Se trata, sin duda, de una óptica diferente, más compleja y menos mecánica, que también permite establecer relaciones entre lo que ocurre y la existencia de un gobierno que legitima constantemente la violencia como un medio para alcanzar las metas. El símbolo gestual que identifica al proyecto de Chávez es un puño que golpea amenazante la palma de la otra mano.

El nombre de campaña que guió al oficialismo en las pasadas elecciones fue “Operación Demolición”. En cada acto, el presidente exigía “demoler” al adversario. Nada se negocia. Todo se invade, se arrebató, se expropia. Llevamos doce años viviendo ese mismo mensaje. En política, la revolución tampoco permite sobrevivientes.

Hemingway, en *Por quién doblan las campanas*, logra un momento crucial e inolvidable cuando Pilar narra el linchamiento y la ejecución de varios miembros del bando nacional. En medio de la algarabía, un hombre que está junto a ella, del lado de los republicanos, le ofrece algo de beber. “Matar da mucha sed”, dice. Eso somos ahora los venezolanos. Por desgracia. Un país sediento. —

— ALBERTO BARRERA TYSZKA

PERIODISMO

WIKILEAKS: LA INFORMACIÓN FUGADA

WikiLeaks es un sitio de internet, a caballo entre el activismo y el periodismo en línea, que publica documentos confidenciales y busca incrementar la vigilancia ciudadana sobre gobiernos y compañías de todo el mundo. Comenzó a operar en diciembre de 2006 y se define como una plataforma para informantes. Lo que mejor describe su funcionamiento y alcances son un par de filtraciones entre las miles que ha difundido.

En abril de este año hizo público un video que tituló *Asesinato colateral*, tomado desde un helicóptero del ejército estadounidense en Iraq: en él se ve y escucha cómo los soldados matan a una docena de civiles, entre ellos dos que trabajaban para Reuters, tras confundir sus cámaras y un trípode con armas de alto poder. WikiLeaks subió el video a YouTube, donde en 72 horas tuvo cuatro millones de visitas. También montó un sitio específico para transmitirlo (collateralmurder.com), que le da mayor

claridad, contexto e impacto dramático a la información.

Unos meses después, el 25 de julio, divulgó decenas de miles de reportes tácticos sobre la guerra de Afganistán elaborados por tropas estadounidenses entre 2004 y 2009. Lo que hizo a la publicación aun más particular es que tres periódicos de distintos países, *The Guardian*, *The New York Times* y *Der Spiegel* se sincronizaron con este sitio para sacar la información de manera conjunta. Los reportes describen la guerra desde dentro casi tiro por tiro y detallan sus aspectos más cruentos, como las bajas civiles y las causadas por fuego amigo. Puede que sea, además, la mayor filtración de servicios de inteligencia sobre un conflicto activo.

Los documentos vertidos en WikiLeaks y la relación con sus fuentes recuerdan momentos fundamentales en la historia del periodismo, como los protagonizados por Carl Bernstein y Bob Woodward durante el escándalo de Watergate en los setenta. La diferencia es que WikiLeaks ha logrado hacerlo de manera masiva: en unos años ha publicado más de un millón de documentos. Su editor en jefe, Julian Assange, declaró que han difundido más material clasificado que el resto de la prensa mundial.

Esto se debe a la flexibilidad del sitio para conseguir evidencia y evitar los amarres de quienes buscan frenar su flujo. Con respecto al caso del video mencionado, Reuters trató de conseguirlo mediante la ley de acceso a la información en Estados Unidos: no obtuvo respuesta. Sin WikiLeaks es probable que los hechos en que murieron un fotógrafo de esta agencia y su conductor siguieran sin esclarecerse. Otro ejemplo sucedió en 2009, cuando el diario británico *The Guardian* consiguió un reporte científico que comprometía a una empresa trasnacional, la cual había tirado desechos tóxicos en Costa de Marfil erosionando la salud de la población cercana al sitio. Los abogados de la compañía (Trafigura) consiguieron que un juez emitiera una mordaza legal según la cual el diario no



Julian Assange: el agorero de un periodismo nuevo.

podía publicar el documento ni mencionar dicha sentencia. Tres días después el reporte apareció en WikiLeaks. A partir de ahí fue cuestión de semanas antes de que la sentencia fuera revocada y se fincaran responsabilidades.

Parte de la notoriedad de WikiLeaks proviene del afán con que ha cumplido una paradoja: mantener confidencial la identidad de quienes revelan la información confidencial. La primera parte de su nombre se refiere al uso del formato *wiki* (popularizado por Wikipedia) para hacer su contenido más accesible; pero debajo de esa superficie de fácil navegación todo se mueve en el más absoluto secreto. Los gobiernos de estados totalitarios dirigen con frecuencia el tráfico cibernético de sus países hacia ciertos sitios y tratan de monitorear los destinos en internet que visitan sus ciudadanos. WikiLeaks burla esta vigilancia mediante dominios falsos (por ejemplo <https://destiny.mooo.com>), procesos de encriptación y aplicaciones que evitan el registro y análisis del tráfico en internet.

También pueden combinar métodos electrónicos con otros más tradicionales, como mandar un CD por correo, para que no quede registro en línea. El proceso es tan hermético que ni siquiera un infiltrado en la organización podría dar con la identidad de quienes apor-

tan material. La seguridad se refuerza por el lado legal. WikiLeaks mantiene servidores en diversos países, el principal en Suecia, que tiene la legislación más firme en cuanto a protección de la información y sus fuentes.

Una vez que algo está disponible en su sitio es imposible censurarlo. A la fecha el récord de WikiLeaks es impecable: todas sus fuentes han sido protegidas, nunca ha publicado un documento falso, ninguna de sus revelaciones ha sido censurada de manera permanente y ha ganado más de una centena de juicios legales. Lo anterior es aún más notable cuando se hace un recuento de los enemigos que ha enfrentado: el Pentágono, el Buró de Seguridad Pública chino, el ex presidente de Kenia, el premier de Bermudas, las iglesias católica, mormona y de la ciencia ficción, el mayor banco privado suizo y varias compañías rusas.

Una trayectoria que James Bond enviaría. La comparación no es gratuita. En la información con que el sitio se describe hay una retórica un tanto romántica e incendiaria que lo lleva a proclamarse la primera agencia de espionaje ciudadano. WikiLeaks parte del supuesto de que fomentar una cultura masiva de filtraciones puede tener efectos políticos profundos.

Dicha transparencia global reducirá la corrupción y fortalecerá la democracia: WikiLeaks transmitirá al mundo lo que las instituciones ocultan injustamente y la conciencia individual no puede contener. Dentro de esta lógica cualquiera que filtre documentos se vuelve un agente secreto ciudadano luchando por el bien de la humanidad.

Hasta el momento las revelaciones sobre países de Iberoamérica son muy limitadas. Los documentos más comprometedores deben seguir ahí, en algún archivero. Para enviar material tan solo se necesita ir a un café internet, visitar su página y seguir las instrucciones. —

— GONZALO SOLTERO

LITERATURA

THOREAU Y LA RESISTENCIA

"S e vale construir castillos en el aire, si ponemos cimientos en la tierra." Con mayor exactitud, esto es lo que escribió Henry David Thoreau en la conclusión de *Walden*: "If you have built castles in the air, your work need not be lost; that is where they should be. Now put the foundations under them." Pero su oración tiende al proverbio. Está en la memoria de muchos sin que nadie se sepa explicar cómo llegó. Se vuelve sabiduría. Su autor ya no importa. Que muera su fama. Que viva su gloria.

Aunque Thoreau es un autor poco leído, le ha cabido en suerte ser muy bien leído. Su influencia en dos importantes movimientos modernos es tectónica: Thoreau precedió al ambientalismo; con su ensayo sobre la desobediencia civil también repercutió en Gandhi y Martin Luther King. Antes de Thoreau, el poeta romántico inglés Shelley ya había proclamado la idea de resistir al poder injusto mediante la rebeldía pacífica, en el poema *The masque of anarchy*. Pero la diferencia es que Shelley apenas imaginó un método que Thoreau aplicó sobre sí mismo.

El 11 de mayo de 1846 el presidente Polk de los Estados Unidos declaró la guerra a México, después de que dos mil soldados mexicanos cruzaran las indefinidas fronteras en persecución de una patrulla estadounidense compuesta de setenta hombres. Los mexicanos mataron a dieciséis de estos soldados en lo que se conoce como el Asunto Thornton, el cual ofreció a Polk el argumento que necesitaba esgrimir ante el Congreso: los mexicanos “derramaron sangre americana sobre suelo americano”. La oposición en Estados Unidos a la guerra fue notoria y extensa.

En julio del año de la guerra, el recaudador de impuestos de Concord, Massachusetts, exigió a Henry David Thoreau el pago con recargos de seis años de impuestos atrasados. Thoreau se negó, arguyendo su desacuerdo con la Primera Intervención Americana, como le decimos a esa guerra en este lado del río. En consecuencia, fue a dar a la cárcel.

Su ensayo “Desobediencia civil” es una exposición de motivos. La idea central es la necesidad de resistir las injusticias del poder desobedeciéndolo. Pero Thoreau vincula desobediencia con responsabilidad. El desobediente debe estar dispuesto a sufrir de manera pacífica las consecuencias de infringir la ley. Pagar las multas. Cumplir la condena. No pedir un trato excepcional.

Estaba en el carácter de Thoreau asumir las consecuencias. Es más, aunque estaba lejos de ser un radical furibundo, lo que pedía a gritos era asumir las consecuencias. Por eso se fue a vivir

durante veintisiete meses en el bosque, para hacerse plenamente responsable de estar vivo y ser a solas el que era. Del diario de esos meses surgió *Walden*.

Walden es un paso por el bosque, pero no como se pasa por el bosque para cruzar en coche de Constituyentes a Reforma, y ni siquiera como cuando se trota a las siete de la mañana en el Bosque de Tlalpan. Aunque duró más de dos años, es un paso porque nunca pretendió ser una estancia definitiva. Thoreau no



Thoreau de los bosques.

quería quedarse sino volver a la ciudad, habiendo bebido y asimilado plenamente las razones para convivir con el resto de los hombres. “Ciudad” es un nombre gastado. Hoy, como en 1854, huele a drenaje profundo. Se pisa como chapopote. Estorba como obras del metro. Fastidia como pagar

el predial. Thoreau se fue al bosque a buscar ciudad, civilización, polis, motivos para no ser misántropo, el encanto de ser uno con los otros cuando uno está harto de todos y lleno de nadie.

Walden narra una expedición hasta un lugar muy lejano: uno mismo. Es un experimento a partir de esas ganas de largarse que todos hemos sentido: errar, vagar, viajar. Salir de aquí por aire, mar o tierra. Pero de aquí no se sale hasta no surcar en goleta el Pacífico interior, hasta no volar como los ánades desde nuestra Columbia Británica invernal hasta el Trópico de Cáncer que nos circunvala los riñones, hasta no haber andado como micer Polo desde la Venecia policroma que nos sale por la risa hasta la China de nuestros más tártaros secretos.

Como su generación y escuela, Thoreau abrevaba de fuentes orientales, principalmente del *Bhagavad Gita*. Algo del Tao, de los derviches y de la experiencia del Buda. Como un monje anaranjado, *Walden* identifica con inteligencia penetrante que el ónix, el naranja, la catarina, el ruiseñor, la trucha, el tigre y yo somos presas del sufrimiento. Pero Thoreau no fue a Walden en busca de nirvana o de vacío, fue a tomar vuelo para entrar con ímpetu ahí donde “la mayoría de los hombres desespere y calla”.

Hondamente introspectivo, *Walden* no deja de ser un libro yanqui como *Un yanqui en la corte del rey Arturo* de Twain. Es un manual práctico. Está lleno de clavos y de tuercas, de técnicas de construcción y agricultura, de dólares, centavos y hasta contiene algunas cuentas. No es análisis intelectual de ese medio hombre y monstruo y medio que nada más piensa con la cabeza. En *Walden* están los problemas muy carnales de comer y descomer. Viajar por adentro es viajar por el alma, pero también es viajar por la tripa.

Thoreau es uno de los seis “clásicos americanos”, junto con Poe, Melville, Hawthorne, Emerson y Whitman. Como se puede advertir leyéndolos, no tenían nada más que el siglo y la lengua en común. Poe y Hawthorne, que eran más de ciudad, más de salón, más de revista, escribieron sátiras y diatribas contra los trascendentalistas Thoreau y Emerson, que eran más silvestres. Whitman todavía era un vagabundo al que nadie hacía caso en aquella república de las letras. —

— MAURICIO SANDERS



BÚSCANOS

Me gusta

